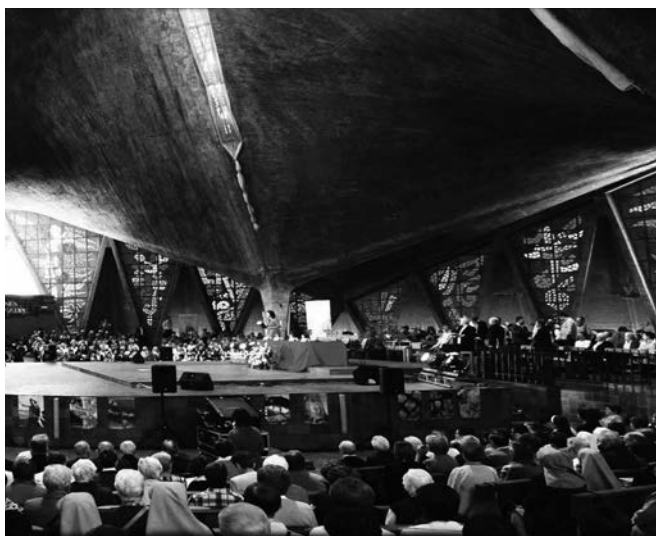


La vida consagrada, profecía de la misericordia



JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA 2016

Presentación
Testimonios

El papa a los jóvenes consagrados
Claves de una vocación eclesial

© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-40178-2015

FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR CLAUSURA DEL AÑO DE LA VIDA CONSAGRADA 2 DE FEBRERO DE 2016

La vida consagrada, profecía de la misericordia

El día 2 de febrero celebramos litúrgicamente la fiesta de la Presentación del Señor en el Templo de Jerusalén (cf. *Lc 2, 22-40*). San Juan Pablo II celebró la primera *Jornada Mundial de la Vida Consagrada* (1997) y, desde entonces, la Madre Iglesia, cada dos de febrero, pone en el candelero de la gratitud y de la oración a todos aquellos cristianos que han sido llamados a una vida de *especial consagración*¹.

Con el seguimiento del Señor, *lux mundi*, que nuestros hermanos y hermanas de vida consagrada realizan hasta la imitación y progresiva identificación con Cristo, se convierten ellos mismos en *luz del mundo*, peregrinos de la fe y habitantes de esa ciudad que, puesta en lo alto de un monte, no se puede ocultar (cf. *Mt 5, 14-16*).

Del 30 de noviembre de 2015 al 2 de febrero de 2016 hemos vivido con gozo y comunión eclesial el fecundo *Año de la Vida Consagrada*, el cual nos disponemos a clausurar en este mismo día en que celebramos la *Jornada Mundial de la Vida Consagrada* bajo el lema: *La vida consagrada, profecía de la misericordia*.

Si hacemos balance de este *Año de la Vida Consagrada*, bien podemos mirar atrás con profunda gratitud a Dios por todo lo acontecido al respecto, y le rogamos nos conceda la gracia de seguir viviendo el presente con una entrega verdaderamente apasionada por el Reino y de mirar al futuro en la confianza de la Providencia divina, que nunca nos ha de faltar². Le pedimos también que nos conceda la gracia de la radicalidad evangélica siendo profetas de esperanza.

En diversas ocasiones el papa Francisco nos ha recordado que la llamada a la radicalidad evangélica no es solo de los consagrados, sino que es propia de todos los bautizados, pues todos hemos recibido la común llamada a la santidad³. Lo propio de los consagrados es un seguimiento de Cristo de modo *profético*; y «esta es la prioridad que ahora se nos pide: ser profetas como Jesús...

¹ FRANCISCO, *Mensaje en la Misa de Inicio del Año de la Vida Consagrada*, (30.XI.2014).

² FRANCISCO, *Testigos de la alegría*, carta apostólica del papa Francisco a todas las personas consagradas (30.XI.2014), nn. 1-3.

³ FRANCISCO, *A los Superiores Generales* (29.XI.2013). Cf. *Testigos de la alegría*, carta apostólica del papa Francisco a todas las personas consagradas (30.XI.2014), n. 2.

Un religioso nunca debe renunciar a la profecía»⁴. Pero no *profetas de desventuras*, sino profetas que saben revestirse de Jesucristo y que saben, igualmente, portar las armas de la luz permaneciendo humildes al tiempo que diligentes, despiertos y vigilantes⁵.

¿Qué significa que los consagrados acentúan en su particular seguimiento del Señor la dimensión profética hasta ser *profetas del amor de Dios*, y que la misma vida consagrada es *profecía de la misericordia*?

El papa Francisco, en la carta apostólica que dirigió a todos los consagrados el pasado 30 de noviembre de 2015, explica las características esenciales del verdadero profeta en relación con los consagrados: «El profeta recibe de Dios la capacidad de observar la historia en la que vive y de interpretar los acontecimientos: es como un centinela que vigila por la noche y sabe cuándo llega el alba (cf. *Is 21, 11-12*). Conoce a Dios y conoce a los hombres y mujeres, sus hermanos y hermanas. Es capaz de discernir, y también de denunciar el mal del pecado y las injusticias, porque es libre; no debe rendir cuentas a más amos que a Dios; no tiene otros intereses sino los de Dios. El profeta está generalmente de parte de los pobres y los indefensos, porque sabe que Dios mismo está de su parte»⁶.

Y antes, el papa san Juan Pablo II, en la exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata* (1996) –de cuya publicación celebramos este año 2016 su vigésimo aniversario– indicaba luminosamente en qué consiste *el profetismo en la vida consagrada*: «Los padres sinodales han destacado el carácter profético de la vida consagrada, como *una forma de especial participación en la función profética de Cristo*, comunicada por el Espíritu Santo a todo el Pueblo de Dios. Es un profetismo inherente a la vida consagrada en cuanto tal [...] en el testimonio de la primacía de Dios y de los valores evangélicos de la vida cristiana [...], sin anteponer nada al amor personal por Cristo y por los pobres en los que Él vive. [...] *La verdadera profecía nace de Dios*, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado. El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad»⁷.

⁴ *Ibid.*

⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía en la fiesta de la Presentación del Señor* (2.II.2013).

⁶ *Ibid.*

⁷ SAN JUAN PABLO II, exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata* (1996), n. 84.

Junto con la vocación profética está, de modo inseparable, la vivencia y experiencia de la *Misericordia* de Dios. Solo puede anunciar la misericordia divina quien la ha experimentado; y entonces la anuncia, la proclama y la ofrece como *testigo*. Si el testimonio es veraz y viene refrendado por la propia vida, íntegra, coherente y fiel, dicho testigo llega a ser más creíble que los maestros. Precisamente porque es testigo convincente se convierte en maestro de aquello mismo que testifica⁸.

«El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y los hechos que en las teorías. El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de misión»⁹. «Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo; en una palabra: de santidad»¹⁰.

Cierto que tanto los consagrados como los ministros ordenados y todos los fieles laicos *llevamos este tesoro* de la Misericordia de Dios *en vasijas de barro* (cf. 2 Cor 4, 7). Por eso necesitamos recibir constantemente la misericordia de Dios para poder ofrecerla y repartirla con la misma magnanimidad como se nos ofrece a diario.

Roguemos al Señor para que en este *Año Santo de la Misericordia*, especialmente, todos los consagrados y consagradas de nuestra amada Iglesia sean testigos infatigables de ese Amor que el mundo olvida y que, en cambio, tanto necesita. Que sean *profetas de misericordia* y *profecía del amor* de Dios que se nos ha manifestado en Jesucristo, el primer consagrado al Padre, y con el que los consagrados se identifican en su forma de vida y en sus gestos inconfundibles, llenos de caridad, dando de comer al hambriento, de beber al sediento, vistiendo al desnudo sin cerrarse a la propia carne, acogiendo al forastero y asistiendo a los enfermos, visitando a los presos de múltiples cárceles existenciales y dando sepultura a los que mueren y pasan de este mundo al Padre.

Profetas y profecía de ese amor misericordioso y tierno, lleno de compasión que sabe dar consejo a quien lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir a quien se equivoca, consolar al triste, perdonar siempre las ofensas recibidas, soportar con paciencia a las personas molestas, y orantes que no desfallecen en la intercesión ante Dios por los vivos y por los difuntos¹¹.

Que las santísima Virgen María, mujer que contempla el Misterio de Dios en el mundo y en la historia, mujer diligente que ayuda con prontitud a los

⁸ BEATO PABLO VI, exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975), nn. 26 y 41.

⁹ SAN JUAN PABLO II, carta encíclica *Redemptoris missio* (1990), n. 42.

¹⁰ BEATO PABLO VI, exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975), n. 41.

¹¹ FRANCISCO, bula del Jubileo de la Misericordia *Misericordiae Vultus* (11.V.2015), n. 15.

otros, y modelo de cada discípulo-misionero¹², acompañe siempre a todos nuestros hermanos y hermanas de la vida consagrada y a toda la Iglesia. Y así como la Virgen Inmaculada presentó a su pequeño Jesús en el Templo para la ofrenda al Altísimo, también nosotros, en este día, ponemos la vida consagrada en el altar de Dios y bajo la protección materna de la Virgen, *Madre de Misericordia*.

✠ VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA
Arzobispo de Zaragoza
Presidente de la C.E. para la Vida Consagrada

¹² FRANCISCO, *Mensaje en la Misa de Inicio del Año de la Vida Consagrada* (30.XI.2014).

TESTIMONIO VIDA RELIGIOSA

«El rostro de la misericordia»

Al escribir las primeras palabras de este texto, me vienen las de la petición de Moisés a Yahvé: *Déjame ver tu gloria* (Éx 33, 18). Y el Señor viene a responderle: Mi rostro no puedes verlo, pero veras la inmensa riqueza de mi bondad y de mi misericordia con la que voy agradecer a este pueblo en camino. Y estas palabras del Padre se han hecho carne en el rostro de misericordia del Hijo, Jesucristo. *Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios* (MV, n. 2).

Recuerdo un día que, pocas horas después de llegar a un país sudamericano, fui con las hermanas de mi Congregación a visitar un lugar muy pobre para una futura inserción apostólica. Y nos detuvimos en una casita en pleno campo y saludamos a la familia. Había dos pequeños –ninguno de ellos superaban los cuatro años– que, como todos los niños, al ver a alguien desconocido le miran fijamente. Y hubo un cruce de miradas. Y con mi mirada fija en ellos –creo que era la mirada del corazón– oí al niño que sin pestañear me decía: *Cógeme, que no voy a mancharte*. Estas seis palabras han quedado grabadas en mí. Ese pequeño se sabía pobre y sabía de alguna manera lo que la pobreza lleva muchas veces consigo, entre otras cosas lo que le podía alejar de las personas que son diferentes. Y solicitaba un gesto de amor, solicitaba mi atención, mi cariño. Y lo cogí. La alegría del pequeño era tan grande que también su hermanita quiso experimentarla.

Este hecho nunca lo olvidaré. Fue como si el Padre de Misericordia se acercara a estos pequeños que no pedían mucho, solamente un gesto de amor. Ellos no saben ni sabrán, pienso, lo que esto significó en mi vida. Unos pequeños me revelaban de una manera nueva, inesperada en ese momento, lo que es el corazón misericordioso de Dios. Desde entonces mañana y tarde, en el cántico del *Benedictus*, con Zacarías, y en el cántico del *Magnificat* con María, canto con toda la Iglesia *la entrañable misericordia de nuestro Dios, una misericordia que llega a todos los hombres de generación en generación* (cf. Lc 1, 50.78).

Al leer en la Bula *Misericordiae Vultus* –con la que se anuncia e inicia el Año de la Misericordia– que *Misericordia es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro*, vinieron a mi mente y a lo más profundo de mí misma los rostros de esos dos pequeños, sus palabras, sus miradas, su extrema sencillez al hacer esta petición. La misericordia, a la que nos invita el papa Francisco, tomó un rostro: Jesucristo presente en cada corazón. Y me llenó de gozo esas palabras del papa Francisco: «Misericordia es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al

hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre, no obstante el límite de nuestro pecado» (MV, n. 4).

Sí, la Misericordia la encontramos y la ofrecemos en el camino de la vida. Cuando estos pequeños me miraban, miraban también su propia realidad, mejor, miraban desde ella. Y nada les impidió hacer esa petición que se convirtió en una poderosa acción de Dios en mi vida. Ellos, en su extrema pobreza, me ofrecieron una comprensión nueva de la inmensa misericordia de Dios. Unos para otros podemos ser, más aún, somos misericordia desde nuestra debilidad, desde nuestro corazón pobre.

Estamos llamados a ser cauces de su misericordia. Misión grande la que se nos encomienda, pero misión que es sencillamente dar a los otros lo que nosotros recibimos gratuitamente de Dios.

El papa Francisco ha abierto la Puerta Santa de la Misericordia. Y cada cristiano en su propia diócesis, también ha visto abrir la Puerta de la Misericordia. Abrir una puerta... Antes de abrirla el mismo papa Francisco hablaba de esa *puerta* que es Dios mismo y de la puerta de nuestro propio interior. Y en su catequesis del domingo precedente a la apertura de la Puerta Santa, decía: «La puerta es generosamente abierta, pero nosotros debemos valerosamente cruzar el umbral. El Señor no fuerza jamás la puerta: El también pide permiso para entrar, como dice el Libro del Apocalipsis: “Yo estoy a la puerta y llamo: si alguien oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos” (3, 20). Y en la última gran visión de este libro, se profetiza de la Ciudad de Dios: “Sus puertas no se cerrarán durante el día”, lo que significa para siempre, porque no existirá la noche en ella».

La Puerta de la Misericordia no está fuera de nosotros. Está en nuestro propio corazón. Cada uno estamos llamados a ser *puerta abierta* para acoger al Padre rico en misericordia. En un diálogo amoroso con este Padre comprenderemos mejor que la historia, nuestra propia historia y la historia de cada hermano nuestro, sea cual sea su color, raza, pueblo o lengua es una historia marcada por el sello de la Misericordia. Él nos acoge y nosotros le acogemos. Le acogemos a Él y abrimos nuestra puerta a nuestros hermanos. Y en ese encuentro, nuestras vidas podrán ofrecer, compartir, dar gozosamente la misericordia que vive en nosotros, la que el Padre nos otorga generosa y gratuitamente.

Dios se hace Misericordia infinita para toda la humanidad, y desde entonces la Misericordia habita en nuestra tierra, en nuestro corazón. La Misericordia la encontraremos y la ofreceremos en los caminos de nuestra vida. Abriendo nuestra particular puerta de la misericordia nos convertimos, o mejor, Dios

hace de nosotros, poco a poco, cauces de esa misericordia que recibimos. Damos lo que recibimos. A ello nos compromete este Año de la Misericordia. El mundo necesita esta gracia: el Dios que es Misericordia, el Dios que tiene entrañas de Misericordia, se hace Misericordia para cada ser humano.

Eterna es su misericordia: es el estribillo que acompaña cada verso del Salmo 136 mientras se narra la historia de la revelación de Dios a su Pueblo Israel. En razón de la Misericordia, todas las vicisitudes del Antiguo Testamento están cargadas de un profundo valor salvífico. La misericordia hace de la historia de Dios con Israel una historia de salvación. También nuestra propia historia está cargada de los gestos salvadores de Dios. También nosotros podemos repetir continuamente *eterna es su misericordia*, porque en nuestra propia historia hemos experimentado la gracia salvadora de Dios.

Aquellos dos niños pequeños me lo enseñaron: muy lejos de mi tierra, en un momento insospechado, en pura gratuidad, en un camino, me dieron una luz nueva que permanece imborrable. Así es Dios. Estamos siempre bajo la mirada misericordiosa del Padre.

CRISTINA M. GONZÁLEZ CARRASCO
Religiosa de la Asunción (Madrid)

TESTIMONIO VIDA CONTEMPLATIVA

Vida consagrada, profecía de la misericordia

Recuerdo que, siendo niña, cuando apenas había cumplido nueve años de edad, escribí mi primer poema, estaba dedicado a una compañera de colegio, me sentí orgullosa de aquel logro, había conseguido poner palabras a los sentimientos. Desde aquel momento me di cuenta de que una dimensión nueva se abría en mí ser: el lenguaje de la mirada y de la palabra me era familiar y desde entonces me convertí en aprendiz de poeta. Cuando llegó el encuentro profundo con el Señor a los 14 años, que definió mi vocación contemplativa, descubrí que había aprendido a leer la mirada del alma de la humanidad y se había escrito en la mía un anhelo incontenible de ser su voz. Descubrí su belleza y su dolor, su esperanza y su lucha, irresistiblemente me enamoré de la humanidad y en ella vislumbré la belleza del rostro de Dios. En ella aprendí a ser contemplativa, a percibir en la humanidad la mirada de Dios y en Dios la mirada de la humanidad. Me sentí seducida e impulsada por la fuerza de la oración. En ese camino se cruzó en mi vida santo Domingo de Guzmán, el enamorado del Verbo, el hombre traspasado por la Palabra que le convirtió en predicador de la gracia.

Domingo me abrió la puerta de la contemplación dominicana como mendicante de la Palabra e itinerante de la misericordia en el corazón de la humanidad, desde mis propias limitaciones, como husmeadora de la verdad y la belleza en esta historia que es mi historia.

La Iglesia celebra el Año Santo de la Misericordia como una puerta abierta a la Bondad y el Perdón de Dios. Los miembros de la gran familia dominicana celebramos 800 años de vida como predicadores y predicadoras de esa Misericordia, una historia de vida que me confirma que la vida contemplativa no solo es una vida con futuro, sino el presente y el futuro de la vida.

SOR MARÍA ÁNGELES MARTÍNEZ MORENO, OP
Dominica Contemplativa
Monasterio de la Inmaculada (Torrent – Valencia)

TESTIMONIO INSTITUTO SECULAR

La vida consagrada, profecía de la misericordia

*¿A qué compararé el Reino de Dios?
Es semejante a la levadura que tomó una mujer
y la mezcló con tres medidas de harina,
hasta que fermentó todo (Lc 13, 20-21)*

Tal vez lo nuestro, lo peculiar de nuestra vocación de laicas consagradas sea custodiar lo pequeño y estar ahí. Ejercer una mística de ojos abiertos al estilo de Jesús de Nazaret, en la vida cotidiana, desde abajo, desde dentro y desde cerca, intentando descubrir e interpretar las huellas de la misericordia de Dios, en las personas y en los acontecimientos que vivimos cada día.

Ese custodiar lo pequeño, para nosotras es muy concreto, está hecho de nombres, de rostros, de historias personales y colectivas, encontradas en las realidades familiares, laborales, parroquiales, sociales, interpretadas y vividas a la luz de la Palabra de Dios, en escucha orante, también cotidiana.

Estar ahí sería nuestra manera particular de realizarlo. Haciéndonos cargo de lo que se nos ha confiado, por pequeño que sea, especialmente de lo más deshumanizado: «tomó la levadura». Acogiendo la diversidad como don y posibilidad para realizar la comunión e impulsar la misión: «la mezcló con tres medidas de harina, hasta que fermentó todo». Permaneciendo gratuitamente, desde la cercanía y universalidad compartida, en intercambio recíproco de bendiciones: ser «profecía de la misericordia de Dios» en el mundo.

AURORA PRATS HERNÁNDEZ
Instituto Secular Obreras de la Cruz

Los miembros de estos institutos manifiestan y ejercen su propia consagración en la actividad apostólica y, a manera de levadura, se esfuerzan por impregnar todas las cosas con el espíritu evangélico, para fortaleza e incremento del Cuerpo de Cristo (CIC 713, 1).

TESTIMONIO DE NUEVAS FORMAS DE CONSAGRACIÓN

La vida consagrada, profecía de la misericordia

Solo el amor divino es capaz de curar las heridas de nuestro corazón. Y Jesucristo vino como médico para restaurar nuestro ser con su propia Persona.

El mayor grado de piedad no es dar de lo que nos sobra, ni siquiera dar aquello que necesitamos; la piedad es darse a sí mismo al modo como lo hizo Jesucristo. Así lo aprendí de mi padre Fundador, Fernando Rielo Pardal. La piedad que mueve al apóstol de Cristo es entregar su propia vida y su propia fama día a día, cada uno de sus días, para, siendo otro Cristo, hacer brotar, por gracia, la configuración trinitaria en los más pobres: aquellos que no saben que tienen Padre ¡y que ese Padre suyo es Dios mismo que los ama personalmente desde toda la eternidad!, aquellos que sueñan con un amor no mezclado de orgullo, no mezclado de egoísmo, ni de envidia, ni de tantas otras cosas, y no saben dónde encontrarlo; aquellos que lloran pidiendo un amor puro, absoluto, capaz de amar sin condición alguna y no han podido preguntarse ¿quién inhabita mi corazón para hacerme soñar un amor que no es el mío?

¡Un amor que el Espíritu Santo vierte en nuestros corazones si se lo permitimos!; un amor divino que nos vive dentro al modo de nuestra Madre María en su *fiat*: dispuesta siempre; radiante en su gloria de hija plena del Padre, ágil en todo momento; amorosamente abierta a la Santísima Trinidad.

María, gracia plena siempre naciente, brotando sin término de su Esposo Santo; María, siempre derramada junto a Jesucristo, su Hijo, por cada uno de nosotros, en la oración sin límite de su maternidad única.

¡María, ruega por nosotros pecadores para que seamos santos!

M.^a DEL CARMEN JUANA GARCÍA VIYUELA
Superiora General de las Misioneras Identes

TESTIMONIO VIRGEN CONSAGRADA

La misericordia del Señor cada día cantaré

Resulta difícil exponer en unas líneas la acción de Dios en la vida de una persona. Por mi parte, no tendría suficiente con miles de páginas para poder narrar el Amor que desde muy joven el Señor me ha mostrado. Desde entonces supe que se había fijado en mí y que me buscaba de una manera especial; yo, al menos, me sentía su predilecta, única para Él, y por ello le he profesado siempre una enorme gratitud así como el deseo de corresponderle, siendo exclusivamente para Él, de lo cual nunca me he arrepentido.

A partir de mi experiencia puedo decir que el Señor me ha permitido descubrir que es Él quien toma la iniciativa en nuestra vida (él *nos primerea*, como dice el papa Francisco); es Él quien nos precede en toda ocasión, abriendo caminos en el desierto y rotulando senderos por donde transitar a través de la historia de salvación que hace con cada uno y en la que nada sucede por casualidad; los acontecimientos, favorables o adversos, son un medio para experimentar su misericordia.

Debo decir que, providencialmente, mi vida ha ido transcurriendo por diferentes etapas personales y profesionales, algunas de ellas nada fáciles, teniendo que emprender caminos y proyectos desconocidos, tanto a nivel personal como profesional; encontrándome en ocasiones frente a verdaderos retos y desafíos, especialmente durante los largos años de trabajo en el mundo de la exclusión y la pobreza. Sin embargo, puedo afirmar que, tanto entonces como ahora, trabajando como docente en la universidad, y a lo largo de toda mi vida, tanto en los momentos de certeza como de incertidumbre, en las mejores y en las peores circunstancias, en la luz y en la oscuridad, siempre he sentido su presencia, apoyo y guía; porque quien se apoya en el Señor no se siente nunca solo ni defraudado, porque Él constituye el verdadero punto de apoyo y se le encuentra siempre que se le busca, haciéndose presente a través de acontecimientos y de personas.

Yo sé por propia experiencia que Jesucristo siempre responde si creemos y nos fiamos de Él. Me gustaría gritar a los cuatro vientos que lo mejor que me ha pasado ha sido encontrarme con Él y que me llamara a la consagración. Él ha guardado siempre mis pasos, y haberlo conocido ha supuesto hallar el verdadero tesoro, lo mejor que me ha sucedido.

En definitiva, a partir de mis vivencias, puedo afirmar que el Señor nos ama a cada uno tal y como somos, en toda circunstancia, sin pedirnos nada a cambio, de manera gratuita, puesto que su Amor no pone condiciones ni tiene medida y su alianza con cada uno de nosotros es para siempre.

MARÍA JOSÉ VÁZQUEZ FERNÁNDEZ, v. c.
Ordo Virginum
Diócesis de Sevilla

EL PAPA CON LOS JÓVENES CONSAGRADOS EN ROMA

No a lo provisorio, narcicismo y rigidez

(RV).- En la mañana del jueves 17 de septiembre (2015), el santo padre Francisco recibió en audiencia a cinco mil participantes en el Encuentro Mundial de Jóvenes Consagrados y Consagradas, reunidos en Roma esa semana hasta el sábado 19 de septiembre. El *Encuentro*, que se llevó a cabo en el marco del Año de la Vida Consagrada, tuvo como tema *Despierten al mundo, Evangelio – profecía – esperanza*. Los jóvenes consagrados y consagradas concluyeron esta experiencia formativa el sábado 19 de septiembre con una celebración eucarística en la basílica de San Pedro.

«Sé que entre ustedes están presentes consagrados y consagradas de Iraq y de Siria»; con estas palabras el papa comenzó su discurso, antes de responder a tres preguntas que le presentaron tres consagrados.

En efecto, el primer pensamiento del papa fue a los mártires, «de Iraq y de Siria». «Nuestros mártires de hoy» –aclaró el papa– «Quizás ustedes conocen a tantos o algunos».

El pontífice relató que en días pasados en la plaza un sacerdote iraquí le entregó una pequeña cruz, que había pertenecido al sacerdote que había sido degollado «por no renegar a Jesús». «Esta cruz la llevo aquí» –dijo el papa– «a la luz de estos testimonios de nuestros mártires de hoy que son más de los mártires de los primeros siglos y también de los mártires de su tierra iraquí y siria».

El papa expresó su deseo de comenzar el diálogo agradeciendo al Señor:

Que su Iglesia realice en su Cuerpo aquello que falta a la Pasión de Cristo aún hoy y pidiendo la gracia del pequeñísimo martirio cotidiano, de aquel martirio de todos los días en el servicio a Jesús y de nuestra vida consagrada.

El obispo de Roma respondió, en primer lugar, a la tercera pregunta de una joven, Sara, enviada por una monja de clausura. La joven explicó al pontífice que los jóvenes consagrados de hoy pertenecen a una generación definida “líquida e inestable” y que aun después de haber finalizado la primera etapa formativa, también ellos experimentan una cierta inestabilidad en el propio itinerario; entonces, preguntó al papa cómo se puede evitar caer en las mediocridades:

«Tú tocas un tema muy serio», es decir «la comodidad en la vida consagrada», dijo el obispo de Roma. Y recordando las palabras de santa Teresa sobre la observancia rígida y estructurada recalcó: «¡Es esto que quita la libertad!». «El Señor nos llama a todos a un modo profético de la liber-

tad, es decir la libertad que debe ser unida al testimonio y a la fidelidad». «También la vida consagrada puede ser estéril, cuando no nos permite soñar», afirmó.

«Es lo que santa Teresa llamaba almas concertadas» –dijo Francisco– y remarcó entonces que «si la observancia es rígida no es observancia sino egoísmo personal», y el camino para no convertirse en esto es «la apertura, el corazón abierto, el diálogo y también el diálogo comunitario».

El papa remarcó asimismo uno de los pecados de la vida comunitaria: la incapacidad del perdón entre los hermanos y las habladorías, y dijo: «Hablar mal del hermano es también terrorismo».

Tocando el tema de la inestabilidad en la vida consagrada el pontífice explicó que «son las tentaciones» que existirán siempre en el camino. Nosotros vivimos en un tiempo muy inestable, dijo, nosotros vivimos en una cultura de lo provisorio que «ha entrado en la Iglesia, en las comunidades religiosas, en las familias». Refiriéndose a la cultura de lo definitivo dijo: «¡Dios ha enviado a su Hijo para siempre! No provisoriamente y para todos. Y esto es un criterio de discernimiento espiritual».

Seguidamente Francisco respondió a la segunda pregunta, que le hizo una consagrada india, quien, hablando de evangelización, le preguntó cuál es la misión de los jóvenes consagrados en la Iglesia de hoy.

Evangelizar no es lo mismo que hacer proselitismo, dijo el papa, «no es solamente convencer: es testimoniar a Jesús». Un testimonio que se hace «con tu carne, con tu vida», precisó Francisco y explicó que más allá de la preparación, «la capacidad de reconfortar los corazones no viene de los libros, ¡viene de tu corazón!».

Y tras agradecer el testimonio de las mujeres consagradas, dijo: «Ustedes tienen estas ganas de ir adelante siempre en primera línea [...] porque ustedes son madres, tienen la maternidad de la Iglesia, que las hace cercanas». «Es la maternidad de las consagradas. No pierdan esto por favor. Porque las religiosas son el icono de la Iglesia y de la Madre María».

Finalmente, la respuesta a un joven sirio de la ciudad de Alepo, quien, tras explicar que en estos días habían hecho memoria de la primera llamada del Señor, le pidió al papa que compartiera con ellos la experiencia de su primera llamada del Señor.

El papa le respondió con dos palabras claves: «cercanía, en manera profética y memoria. Cercanía entre ustedes y con los demás. Cercanía a los problemas, a los verdaderos problemas».

Y memoria: «memoria de la propia vocación», dijo el papa; en los momentos oscuros y de tentación, «volver a la fuente, hacer memoria y recordar el estupor que sentimos cuando el Señor nos miró».

Francisco explicó que en los momentos difíciles le ayudó tanto la memoria de aquel primer encuentro, «porque el Señor nos encuentra siempre definitivamente, el Señor no entra en la cultura de lo provisorio».

Por esto, dijo, «cercanía a la gente, entre nosotros, profecía con nuestro testimonio, con el corazón que arde, con el celo apostólico que reconforta el corazón de los demás», puntualizó el papa. Y finalizó con dos palabras: “símbolo”, «uno de las peores actitudes de un religioso, reflejarse en sí mismo, el narcisismo». «Sí al contrario, a lo que quita el narcisismo, sí a la adoración».

Texto tomado de Ecclesia Digital

<http://www.revistaecclesia.com/el-papa-con-los-jovenes-consagrados-en-roma/>

VIDA CONSAGRADA: CLAVES DE UNA VOCACIÓN ECLESIAL

El día 2 de febrero es la conmemoración litúrgica de la Presentación del Señor en el Templo de Jerusalén (cf. *Lc 2, 22-40*), fiesta popularmente llamada *La Candelaria*.

Desde el año 1997, por iniciativa de san Juan Pablo II, se celebra en ese día la *Jornada Mundial de la Vida Consagrada*, y los consagrados, con su modo carismático de vivir el seguimiento de Jesucristo, son puestos en el candelero de la Iglesia para que brillando en ellos la luz del Evangelio alumbren a todos los hombres y estos den gloria al Padre que está en los cielos (cf. *Mt 5, 16*). La vida consagrada, en sus múltiples formas, aparece así ante nuestros ojos como un signo en el mundo de la presencia de Cristo resucitado.

El comienzo del capítulo 3 de san Marcos expresa –como si de un compendio se tratara– todo el misterio de amor que hay en esta hermosa vocación: Cristo llamó a los que quiso (liberalidad de la llamada), y vinieron donde él (libertad en la respuesta); los llamó como signo de su amor y para que estuvieran con él (consagración); los instituyó doce (comunidad), para enviarlos a anunciar el Evangelio con el poder de curar y liberar (misión).

Los religiosos y religiosas, las vírgenes consagradas, los miembros de los institutos seculares y las sociedades de vida apostólica, los monjes y monjas de vida contemplativa, y cuantos han sido llamados a una nueva forma de consagración, *lo dejan todo para seguir a Cristo* (cf. *Mt 19, 27*) y hacen del misterio pascual la razón misma de su ser y su quehacer en la Iglesia y para el mundo. Identificados con el misterio de la cruz, ellos y ellas, con su vida y misión, son en esta sociedad –tantas veces desierta de amor–, signo vivo de la misericordia y la ternura del Dios Trinitario. Nacidos de la Pascua, por el Espíritu de Cristo resucitado, pueden entregarse sin reservas a los hermanos y a todos los hombres, niños, jóvenes, adultos y ancianos, mediante el ejercicio de la caridad, en las escuelas y hospitales, en los geriátricos y en las cárceles, en las parroquias y en los claustros, en las ciudades y en los pueblos, en las universidades y en los asilos, en los lugares de frontera y en lo más escondido de sus celdas. En la vanguardia de la evangelización o en la entrega fiel de la intercesión orante, en primera línea de misión o en la vida oculta y el silencio de los claustros, nuestros hermanos de la vida consagrada reproducen, en cada momento de la historia, la misma forma de vida que Cristo eligió para sí y para su bendita Madre. La vida consagrada es por ello *memoria viviente* de Cristo en este mundo (cf. VC, n. 22).

En todas sus formas la vida consagrada obedece a un designio amoroso del Padre (*misterio*); se suscita, promueve y realiza en la Iglesia y para el

mundo por obra y gracia (*carisma*) del Espíritu Santo, sobre el fundamento de la misma vida histórica de Cristo (*seguimiento-imitación*); visibiliza así en cada generación la virginidad, la pobreza y la obediencia de Nuestro Señor Jesucristo –Camino, Verdad y Vida–, viviendo en fraternidad y entregados sin reservas a la misión evangelizadora mediante diversos y plurales ministerios, en la comunión –afectiva y efectiva– de la Madre Iglesia (cf. VC, n. 1). Experimentando la salvación del Señor, los consagrados se ofrecen como humildes instrumentos para que esa misma salvación de Cristo Redentor alcance a todos los hombres.

La vida consagrada es vida antes que teología, espiritualidad antes que reglamentación canónica, manifestación del Espíritu antes que institución eclesial; es don antes que tarea, y gracia antes que esfuerzo; es evangelio y profecía porque anuncia el Reino y lo hace presente; comporta una ascética, pero sobre todo vivencia la mística de la transfiguración con Cristo. Sigue al Señor por los caminos de Galilea, marcha a las periferias del hombre buscando al que se ha extraviado, proclama a tiempo y a destiempo, con palabras y con obras, el Evangelio de Cristo; conoce la noche de Getsemaní y el drama del Calvario, pero sobre todo, es testigo del sepulcro vacío y grita a los cuatro vientos y sin tregua alguna la alegría de la Resurrección, la victoria definitiva de Cristo sobre el mal, el pecado y la muerte. La vida consagrada es camino de santidad bautismal desde un carisma concreto y una espiritualidad propia; la Caridad de Cristo es su motor, su aliento, su meta y su destino; la medida de su amor es el Amor sin medida... Se alimentan del Pan de la Vida, Cristo, servido en la mesa de la Palabra y en la mesa de la eucaristía. Nacidos en el Cenáculo son manifestación del Espíritu en cada generación. De Dios lo han recibido todo gratis, y a los hombres y mujeres de este mundo deben ofrecerlo todo gratis.

Más de 2000 años de historia ponen de manifiesto el «infinito poder del Espíritu Santo, que actúa maravillosamente en la Iglesia» (LG, n. 44) y que ha manifestado parte de su Belleza en la multiforme armonía de la pluralidad carismática de la vida consagrada.

A los 40 días del nacimiento en Belén del Hijo de Dios, la Virgen María y su esposo san José entraron en el Templo llevando al pequeño Jesús en sus brazos para presentarlo y ofrecerlo al Señor. También nosotros, 40 días después de haber celebrado la Navidad, somos llevados y presentados por nuestra Madre la Iglesia ante el Dios vivo y verdadero para renovar la ofrenda de nosotros mismos al Señor, presididos por nuestro obispo diocesano. Por ser la misma consagración una *consagración* total e inmediata de toda la persona y de toda la existencia *por Dios y a Dios*, la vida consagrada se convierte en *sacrificio litúrgico* y en *ofrenda permanente*, por Cristo, con Cristo y en Cristo.

Los tres papas recientes (san Juan Pablo II, Benedicto XVI y el santo padre Francisco), desde que se instituyera esta *Jornada Mundial de la Vida Consagrada* en la fiesta de la *Presentación del Señor*, cada uno de ellos como el anciano Simeón (cf. *Lc 2, 21-40*), hombre justo y piadoso, manso y humilde de corazón, han tomado entre sus brazos año tras año a esta criatura de Dios que es la vida consagrada, encendiendo en ella la luz de la esperanza. La misma Madre Iglesia la ha llevado cada 2 de febrero al Templo, para presentarla y ofrecerla al Altísimo. Y cada obispo, como sucesor de los apóstoles, ha bendecido jornada tras jornada, a quienes fueron un día llamados a seguir a Cristo hasta la identificación plena con él.

«¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo, en el atrio de la casa del Señor, en medio de ti, Jerusalén» (*Sal 116, 12-13.18-19*).

RAFAEL BELDA SERRA, CVMD
Dpto. Formación y Publicaciones
Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

